

MI VIDA UNIVERSITARIA, 1975-1980

María Armida Alonso Gómez¹

*La vida universitaria es un sueño que debe
recorrerse de puntillas, para no dañar el encanto.*

José Israel Negrón Cruz

Soy Armida Alonso Gómez, de la generación 1975-1980 de Contador Público. Inicié mis estudios en la Escuela de Comercio y Administración, mejor conocida como ECA, en donde luego fue el Centro Cultural Universitario, y actualmente el Museo Nacional de la Muerte. Al existir tanta demanda para la carrera formaron dos grupos de más de sesenta alumnos cada uno. Me imagino que lo hacían porque sabían que con el tiempo muchos se daban de baja, especialmente mujeres, principalmente porque se casaban. Con el tiempo nos unificaron en un solo grupo, y al terminar la carrera sólo fuimos 30 alumnos, mitad

1 Contador Público, generación 1975-1980.

mujeres y mitad hombres. De las mujeres, sólo poco más de la tercera parte ejercimos la carrera.

Debido a la naturaleza de nuestra profesión, se prestaba y era favorable trabajar mientras se estudiaba. Comencé a laborar desde el segundo año de la carrera. A la fecha me encuentro jubilada, después de más de 40 años de ejercer. Iniciar en la ECA tuvo un gran encanto. En ese lugar se estudiaban las carreras de Administración de Empresas, Contador Público y Trabajo Social, y gracias al tamaño del espacio existía una agradable convivencia, tanto entre alumnos como con maestros y administrativos. Todos nos conocíamos; las secretarías estaban al tanto de nosotros, recuerdo con mucho cariño a Amparito que era como nuestra segunda mamá; parecía una escuelita.

En 1976, cuando estuvieron disponibles las primeras aulas en Ciudad Universitaria, nos trasladamos a las mismas. Fuimos la primera generación de Contador Público en el campus, además de otras carreras que se abrieron. El 10 de agosto de 1976, el rector don Humberto Martínez de León, nos dio a los estudiantes una carta de bienvenida a la Universidad anexándole una breve descripción del proceso de creación. A diferencia de la ECA, en el campus nos sobraba espacio. En esos entonces no existía nada en los alrededores, ni Plaza Universidad ni Bosques del Prado ni el segundo anillo, nada. Prácticamente era el final de la ciudad, inclusive era difícil el transporte para poder llegar. Entre clases caminábamos, caminábamos y caminábamos, y parecía interminable; al final llegábamos a unos plantíos como de trigo, con una vista y unos atardeceres maravillosos. Hoy recuerdo que en tiempos en que hacía mucho aire, el mismo aventaba la puerta con mucha fuerza y hacía una especie de aullido que provocaba el gritadero de las muchachas, atorábamos la puerta con pupitres y aun así la aventaba el aire.

La Universidad fue creciendo junto con nosotros. En sus inicios, la UAA, por acuerdo del señor rector, elaboraba Cuadros de Honor con las fotografías de los mejores estudiantes, los cuales se distribuían en los diferentes edificios de la institución, evento muy gratificante que los alumnos esperábamos ansiosos. En 1976 la Universidad decidió coadyuvar con la SEP en el Plan Nacional de Edu-

cación para Adultos y se inició una campaña para invitar a los alumnos a colaborar como asesores y nos lo reconocerían como el servicio social reglamentario, inclusive con menos horas de las exigidas para motivar la participación. Debido a que a mí me gustan mucho las matemáticas, me ofrecí para hacerlo, junto conmigo entraron tres estudiantes de Trabajo Social. Fue una experiencia inolvidable, convivir con adultos que no habían podido completar sus estudios por uno u otro motivo. Fue muy satisfactorio, especialmente, enseñarles matemáticas, buscar hacerlo de una manera agradable, que no les fuera complicada. La mayoría de los que se regularizaron conmigo continuaron estudiando. Uno de ellos, por ejemplo, llegó a ser subdirector del Registro Civil. En virtud de que me fue tan grato, continué impartiendo las clases aun habiendo terminado el plazo obligatorio, por lo que me dieron un reconocimiento, una hermosa carta que conservo con mucho cariño. Precisamente, las clases las impartíamos en lo que era la ECA.

En el ciclo 1977-1978 fungí como representante de grupo, y en el 1979-1980 me interesó participar como representante universitaria. Fue un proceso muy interesante. Junto con algunos de mis compañeros que me apoyaron, fuimos a visitar diferentes salones, a ofrecer lo que yo podía hacer comprometiéndome a tener comunicación con ellos. El evento de las votaciones en el auditorio fue un momento pleno de la característica alegría de jóvenes estudiantes, lleno de porras y gritos, con el clímax en el conteo cuando resulté electa. Al estar la Universidad en sus inicios, en el Consejo Universitario había decisiones muy importantes que tomar. Una de las más controversiales y complicadas fue el aumento a colegiaturas. Muchos estaban en contra, y otros tantos a favor. Realmente el incremento no era impactante pero sí beneficiaba a la Universidad.

Las colegiaturas no eran tan altas, en comparación con otras universidades y considerando el beneficio perdurable que recibíamos con nuestra educación, con un poco de esfuerzo por parte de los estudiantes podríamos allegarnos de esos recursos. Algunos de mis compañeros vendían dulces, otros lavaban coches, inclusive los de su propia familia. Además, existía el crédito universitario. Hoy,

con el pasar del tiempo, en este maravilloso 50º aniversario, nos damos cuenta de que dicho incremento fue benéfico. Cuando el Consejo Universitario llevaba a cabo sesiones ordinarias de reformas a leyes o estatutos y esto significaba varios días de trabajo, las reuniones se llevaban a cabo en el Hotel Comanjilla, en Silao, Guanajuato. Debido a las costumbres de entonces, el decano del Centro hablaba con los papás de las alumnas representantes para pedir permiso de que pudieran asistir, y ofrecía pasar por nosotras y regresarnos a nuestras casas sanas y salvas.

Durante mi etapa estudiantil tuve el honor de convivir con grandes personajes de la historia universitaria, tales como los rectores fundadores, don Humberto Martínez de León y el doctor Alfonso Pérez Romo, de quienes guardo recuerdos inolvidables, como cuando en una sesión de Consejo el doctor Pérez Romo me dijo que le era muy grato voltear y ver unos ojos que lo apoyaban. Cuando terminamos la carrera, se acostumbraba sembrar un árbol en el Jardín de las Generaciones. Así lo hicimos y junto con ese árbol quedaron las risas, las ilusiones, los esfuerzos, la alegría, el llanto, los desvelos, las historias de amor y desamor, parte de la juventud y la convivencia inolvidable de un grupo de 120 alumnos, que compartieron sus vidas esos cinco maravillosos años.



Fotografía propiedad de la contador público María Armida Alonso Gómez.

Sesión de Consejo Universitario UAA, ca. 1978.